



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

BOLETÍN ONLINE

PDF descargable | www.anhistoria.org.ar

Año 2, Nº 13 (Noviembre de 2013)



Episodio de Ayohuma. Protegen al capitán Ramón Estomba, herido, los soldados Alderete y Gaona, que terminaron ultimados por los realistas. Acuarela de Franz Van Riel.

Temario

Vilcapugio y Ayohuma: El Bicentenario de dos derrotas
Sesión Pública 12 de Noviembre: Entrega de Premios y Reconocimientos
Homenaje a la Dra. Margarita Ferrá de Bartol
Segunda Reunión de Jóvenes Historiadores
Mesa Redonda: "Criminalidad y Control Social. Argentina Siglos XIX-XX"
Novedades Editoriales



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Vilcapugio y Ayohuma: El Bicentenario de dos derrotas

Por el Académico de Número, Dr. Carlos Páez de la Torre

Esta segunda década del siglo XXI abunda en bicentenarios. Algunos son ciertamente gloriosos, como el 25 de Mayo, la Batalla de Tucumán, la Asamblea del XIII, la Batalla de Salta. Pero otros son tristes y sombríos. Como los que se cumplieron recientemente: las derrotas de Vilcapugio, el 1 de octubre de 1813 y la de Ayohuma, el 14 de noviembre del mismo año. Ambos contrastes significaron que terminara en desastre la segunda campaña de la fuerzas patriotas al Alto Perú. Nadie podía pensar que así ocurriría, durante lo que iba corriendo de 1813. El Ejército del Norte había obtenido, en febrero, la formidable victoria de Salta. Acampado en esa ciudad, su jefe, el general Manuel Belgrano, estaba seguro de poder asestar un golpe final a los realistas, y tomar así el control total de la actual Bolivia, entonces llamada Alto Perú.

Tardanza en partir

Pero no se movió con rapidez. Estaba, dice Mitre, "demasiado ocupado en escribir correspondencias y proclamas". Desde Buenos Aires, el poder central lo instaba a comenzar la campaña. A lo que Belgrano invariablemente respondía que no podía hacerlo hasta que no equipara adecuadamente su fuerza con armamento, caballadas, vestuario y nuevos reclutas. Al fin, a regañadientes, en abril movió el ejército hasta Jujuy y desde allí envió su vanguardia a Potosí, al mando del coronel Cornelio Zelaya. El general, con el grueso de las tropas, entró en la orgullosa ciudad altopेरuana el 21 de junio, e instaló en ella su cuartel general.

Entre tanto, en las filas realistas se registraban novedades. La victoria patriota de Salta había atemorizado tanto al general en jefe, José Manuel de Goyeneche, que renunció indeclinablemente al mando, a fines de mayo. Dejó la comandancia a su segundo, el brigadier Juan Ramírez. Este alentaba el propósito de caer sobre los patriotas acampados en Potosí, pero la insurrección de Cochabamba lo disuadió y se replegó hasta Oruro.

Pérdida de tiempo

El 1 de julio llegó el nuevo comandante realista, nombrado en reemplazo de Goyeneche: el brigadier Joaquín de la Pezuela. Era, expresa Mitre, "un hábil oficial de artillería, que tenía una larga experiencia en la guerra". Se aplicó de inmediato a reorganizar y remontar el ejército del Rey. Pronto este llegó a contar con unos 4600 hombres de las tres armas, bien equipados salvo en las cabalgaduras.

Mientras tanto Belgrano, en Potosí, no empleaba adecuadamente su tiempo. Se ocupaba de colocar oficiales de su confianza al frente de las provincias



Manuel Belgrano. Bronce de Francisco B. Cafferata (1884) en la plaza Belgrano de San Miguel de Tucumán.

del interior; reorganizaba la Casa de la Moneda; se congraciaba con el cacique Cumbay; recibía a las damas de la ciudad, quienes le obsequiaron una magnífica tarja de plata y oro, por ejemplo. Todo esto, si bien tenía su importancia, demoraba la operación contra los realistas, que era lo realmente imperioso en esos momentos. Además su fuerza empezó a verse seriamente afectada por las deserciones.

Cita en Vilcapugio

Gran parte de los indígenas altopेरuanos apoyaba la revolución. El más fuerte de sus caudillos era Baltasar Cárdenas, a quien Belgrano había dado el grado de coronel. A mediados de setiembre, el jefe del Ejército del Norte, sabedor de que Pezuela estaba acampado en Condo Condo, ordenó por escrito a Cárdenas que se moviera sobre el flanco del enemigo, y le avisó que disponía lo mismo respecto del coronel Zelaya, con las fuerzas de Cochabamba. En cuanto a él, con el grueso del ejército, atacaría de frente. El punto de reunión de la fuerza patriota en conjunto sería la desolada pampa de Vilcapugio: una desacertada elección, porque el paraje estaba demasiado cerca –apenas a una jornada– del campamento realista.

El 5 de setiembre, Belgrano se movió rumbo a la cita. Su ejército sumaba en total unos 3500 hombres, de los cuales un millar eran reclutas, incorporados para cubrir los claros de las deserciones. La artillería era débil, y escasas y malas las monturas. Como estaba previsto, acampó en



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina



Batalla de Vilcapugio, 1 de Octubre de 1813

Vilcapugio, para esperar a Zelaya y a Cárdenas.

Pezuela al ataque

Ignoraba que el comandante Saturnino Castro –salteño pasado a los realistas- había caído sorpresivamente sobre Cárdenas y sus indios en Anacato, destrozándolos completamente. Lo más grave fue que, entre los papeles del derrotado, el jefe realista encontró la correspondencia de Belgrano. Al leerla, pudo enterarse de que el Ejército del Norte aguardaba, en Vilcapugio, la incorporación de Cárdenas y de Zelaya como paso previo a lanzar su ofensiva. Pezuela, entonces, resolvió que antes de que llegara Zelaya atacaría a Belgrano. Era algo que el confiado jefe patriota jamás había calculado. Al mediodía del 30 de setiembre la tropa realista empezó a trepar laboriosamente la cuesta, rumbo a las alturas que rodean la pampa de Vilcapugio. Llegaron a la medianoche, y de inmediato ejecutaron el no menos trabajoso descenso hasta el llano. Al llegar, tuvieron a la vista el Ejército del Norte. Al amanecer del 1 de octubre de 1813, las avanzadas enteraron al atónito Belgrano de que los realistas estaban a media legua de distancia, ya formados para atacar.

Feliz comienzo

Avanzaban “a banderas desplegadas, al son de la marcha granadera que batían pausadamente los tambores”, dice Mitre. Era un espectáculo imponente. Recuerda José María Paz que “el sol hería de frente la línea enemiga y sus armas brillaban con profusión”.

Belgrano formó rápidamente su línea: a la derecha la caballería, mandada por los comandantes José Bernaldes Polledo y Domingo Arévalo; al centro, la infantería, con los Cazadores del mayor Ramón Echavarría; dos batallones del Regimiento 6, con los coroneles Miguel Aráoz y Carlos Forest; el Batallón de Castas, del coronel José Superí. En el ala izquierda, estaban los Dragones de caballería, que conducía el coronel Diego Balcarce. La reserva formaba con un batallón del Regimiento 1, mandado por el coronel Gregorio Perdriel.

La acción no empezó con las habituales guerrillas. La iniciaron los cañonazos de los patriotas y,

cuando el enemigo estuvo cerca, Belgrano encargó cargarlo a la bayoneta. El primer tramo de la lucha fue venturoso para el Ejército del Norte. Desde la derecha, sus Cazadores aplastaron a la izquierda realista, matando al coronel Felipe La Hera. También fue afortunado el duro ataque al centro, cuyos soldados terminaron dispersos y en fuga, perseguidos por la caballería de Belgrano. Allí perdió la vida el coronel Bernaldes Polledo y cayeron heridos el coronel patriota Forest y el coronel realista Lombera.

Un toque fatal

Pero en la derecha realista estaban las mejores tropas del enemigo. Mandadas por los coroneles Picoaga y Pedro Olañeta, resistían con denuedo el furioso embate de la izquierda patriota. De pronto, ocurrió algo insólito: los tambores del Ejército del Norte tocaron la señal de retirada. Al parecer, la habría ordenado el mayor Echavarría, no se sabe porqué.

Al oír ese toque, que sonaba a sus espaldas, la fuerza patriota se dio vuelta y divisó mucha gente apiñada en los morros. Se trataba de indígenas meramente espectadores del encuentro, pero los soldados pensaron que eran refuerzos que llegaban para sumarse a los realistas. Alguno empezó a gritar “¡al cerro, al cerro!”, y todos corrieron velozmente a refugiarse en esas alturas.

Minutos antes, la derecha realista había puesto en gran apuro a la izquierda patriota. Su coronel, Benito Álvarez, cayó muerto de un balazo. Corrió a remplazarlo el mayor Beldón, quien también resultó muerto, y ocurrió lo mismo con su segundo, el capitán José Laureano Villegas. Lo reemplazó el bravo capitán salteño Apolinario Saravia, quien también resultó gravemente herido en el pecho.

Así estaban las cosas cuando se oyó el tambor de retirada. Esa señal disolvió sin remedio la izquierda patriota. De nada sirvió que Díaz Vélez tratara de intervenir en diagonal con la reserva. Todo terminó en un tremendo desbande, mientras Pezuela



Escudo de Vilcapugio. Fue acordado por los realistas a sus tropas.

lograba reorganizar los dispersos de su izquierda y de su centro, y recibía el inesperado refuerzo del escuadrón de Castro, que llegó al galope.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina



Joaquín de la Pezuela. El jefe realista que batió al Ejército del Norte en Vilcapugio y Ayohuma.

El desastre

Belgrano se apeó del caballo, tomó en sus manos la bandera, hizo sonar los tambores y con "una cuarta parte de la rota reserva, más un cañón que hizo arrastrar, subió a uno de los morros". Logró reunir unos 200 hombres, cuyo fuego de fusilería prolongó, por algún tiempo más, una acción que ya estaba definida. Nada podía hacer ese puñado de tiradores frente al incesante cañoneo de los realistas, absolutamente dueños del campo.

Belgrano estaba triste y silencioso, aferrando el asta de la enseña azul y blanca. El enemigo no quiso atacar su posición en el morro, si bien mantuvo un intermitente fuego de cañones. "Eran ya las tres de la tarde, y las miserables reliquias del ejército argentino reunidas en el morro no alcanzaban a los 400 hombres, incluidos los heridos, que fueron cuidadosamente atendidos por orden del general. Todo lo demás se había disipado como el humo del combate", narra Mitre.

La retirada

En el campo yacían 300 muertos del Ejército del Norte. Muchos de sus hombres habían caído prisioneros, y estaban en manos de Pezuela toda la artillería y el parque de los patriotas. Los victoriosos realistas habían perdido unos 600 soldados.

Belgrano miró con tristeza la pampa de Vilcapugio y arengó de viva voz al puñado de hombres que le quedaban. "Soldados, hemos perdido la batalla después de tanto pelear: la victoria nos ha traicio-

nado pasándose a las filas enemigas en medio de nuestro triunfo. ¡No importa! Aun flamea en nuestras manos la bandera de la Patria".

Así terminó la sangrienta batalla de Vilcapugio. El jefe del Ejército del Norte ordenó la retirada por una escarpada cordillera al este de su posición. Habría afirmado después que, si hubiera tenido a Manuel Dorrego entre sus oficiales, el resultado hubiera sido otro: se arrepentía de haberlo separado de la fuerza meses atrás.

En el parte del combate, el vencedor Pezuela no pudo menos que elogiar a los soldados que derrotó. Había podido comprobar, expresó, "que no eran unos reclutas la mayor parte de ellos, como suponía, sino unos hombres instruidos, disciplinados y valientes".

Las pérdidas sufridas por Pezuela, determinaron que,

en lugar de perseguir a Belgrano que se retiraba, el jefe realista prefiriera volver a sus cuarteles de Condo Condo y reorganizar su tropa.

El cuartel de Macha

Belgrano pudo así replegarse sin sobresaltos hasta Macha, en la provincia de Cochabamba. Allí instaló su cuartel general y de inmediato se empeñó en reunir a los soldados dispersos y en reclutar nuevos, además de obtener armas y pertrechos. Como esa zona era adicta a la revolución, la respuesta popular fue más que positiva.

Belgrano organizó operaciones de guerrilla. La más conocida fue la de Gregorio Aráoz de La Madrid. Tres de sus soldados, José Mariano Gómez, tucumano, Santiago Albarracín y Juan Bautista González, sorprendieron el puesto realista de Tambo Nuevo, tomando once prisioneros, lo que les valió el ascenso a sargentos.

Los soldados pronto aumentaron. Llegó Eustoquio Díaz Vélez con unos 500 dispersos de Vilcapugio. Le remitió Juan Antonio Álvarez de Arenales la fuerza que tenía en Cochabamba, y Cornelio Zelaya se presentó con 300 reclutas. Sumados a los que trajo el caudillo indígena Cárdenas y los que envió Francisco Ortiz de Ocampo desde Charcas, invadió a Belgrano la equivocada impresión de haberse rehecho.

Opiniones en contra

Equivocada, porque aunque tenía reunidos unos 3.400 hombres, la gran mayoría eran reclutas sin instrucción y mal armados. La artillería buena había quedado en Vilcapugio y solamente contaba con ocho malas y pequeñas piezas. De todos modos, el jefe del Ejército del Norte decidió tomar de nuevo la ofensiva. Siguiendo las clásicas obras de Bartolomé Mitre y de Bernardo Frías, puede reconstruirse lo que siguió.

A la decisión ya la tenía tomada Belgrano aunque, para guardar las formas, consultó en Macha a un consejo de guerra. Todos los oficiales opinaron que



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

no se daban las condiciones para acometer batalla alguna. Díaz Vélez proponía correrse a Potosí y esperar en ese punto los cañones que le remitían



Pistola. Arma que perteneció al general Manuel Belgrano

de Salta. Gregorio Perdriel era partidario de ir al norte e internarse en la provincia de Oruro, tomar su capital y pasar desde allí a La Paz y a Cuzco. Las dos propuestas se basaban en que Pezuela no se hallaba en aptitud de perseguirlos, y que la larga campaña serviría para que se instruyesen los reclutas.

Belgrano resuelve

Belgrano descartó ambos planes. Argumentó que ir a Potosí desmoralizaría a la tropa, y que era imprudente internarse en Oruro en estación de lluvias y con pésimos caminos. Insistía en la debilidad de Pezuela y, finalmente, dio por cerrada la discusión. "Yo respondo a la Nación con mi cabeza del éxito de la batalla", afirmó rotundamente.

Sabedor de que Pezuela había levantado, el 29 de octubre, su campamento de Condo -tras sumar a sus fuerzas las guarniciones de Oruro, La Paz y Cuzco- y que venía en su búsqueda, Belgrano eligió para enfrentarlo el campo de Ayohuma, a pocas leguas de Macha. Por allí debían pasar forzosamente los realistas, tras descender de una elevada y escabrosa montaña. Se instaló entonces, de modo incomprensible, a dos leguas de esa montaña, y de allí ya no se movió. Estaba convencido de que los realistas lo atacarían de frente y que lograría la victoria.

A todo esto, Pezuela, luego de doce días de una marcha muy penosa por la falta de cabalgaduras, llegó a la cima de los llamados Altos de Taquiri. Allí descansó tres jornadas, mientras divisaba perfectamente, en el bajo, al ejército de Belgrano. Tuvo sobrado tiempo para planificar el encuentro.

Amanecer en Ayohuma

Hace dos siglos, el 14 de noviembre de 1813, al salir el sol, el ejército realista inició el laborioso descenso. Como Belgrano, con criterio inexplicable, no lo atacó en ese momento de tanta vulnerabilidad, la fuerza de Pezuela pudo llegar al llano. Allí se organizó y armó su artillería con toda tranquilidad. Estaba fuera de la vista de los patriotas, porque entre la montaña y el campo de Ayohuma se tendía una línea de lomas. Justamente, Belgrano pensaba que por ellas aparecería el enemigo.

Pero Pezuela tenía otra estrategia. Envío un grupo

para que se mostrase en lo alto de las lomas, engañando a los patriotas. Destacó un cuerpo para que tomara un cerro a la espalda de aquéllos y, al mismo tiempo, marchó con el grueso de sus tropas -siempre fuera de la vista de Belgrano- hasta el fin de las lomadas.

Entonces, desembocó en la llanura por un punto que el jefe patriota no había calculado. Y, sin más trámite, su poderosa artillería de 18 cañones rompió sobre el Ejército del Norte un fuego feroz que no se interrumpió durante media hora. Después, Pezuela avanzó, mientras el cuerpo que ocupaba el cerro atacaba a los patriotas por el flanco.

La derrota

Recién entonces Belgrano ordenó el avance de su infantería. Se tornó muy complicado. Había pensado que las zanjas que cruzaban el campo servirían para entorpecer al enemigo, y ocurrió que se convertían en obstáculo para sus infantes.

De todos modos, bajo el fuego de los cañones y fusiles realistas, y demostrando un coraje que admiraría a Pezuela, la infantería patriota cruzó el campo. Pero cuando estaba a corta distancia de las líneas enemigas, no pudo cargar a la bayoneta porque se le vino encima, por el flanco y por la retaguardia, la fuerza realista. Los infantes terminaron abandonando el campo, mientras dejaban más de 800 prisioneros en manos del enemigo y la mitad de su armamento.

Así, el centro y el ala derecha de Belgrano quedaban definitivamente disueltos. La esperanza patriota residía en la caballería de la izquierda. Pezuela la miraba con temor, dado que era numerosa y bien montada, y por eso concentró, para enfrentarla, dos batallones de infantería y 10 cañones.

Al mando de Díaz Vélez se lanzaron los jinetes, recibidos por un sostenido cañoneo que los desbarató. Zelaya pudo reunirlos de nuevo y volvió a la carga una y otra vez, apoyado por los escuadrones de Diego Balcarce y Máximo Zamudio. Esto permitió que se pusiese a salvo la infantería, que de otro modo hubiera sido aniquilada en su totalidad.

Triste retirada

Pero nada podía alterar el resultado de un combate que ya estaba perdido. Belgrano y Díaz Vélez, no sin riesgo personal, lograron que los dispersos ganaran las lomas cercanas al campo de batalla. Allí Belgrano enarboló la bandera y ordenó a sus clarines que tocaran a reunión. Pudo congregarse unos 400 infantes y unos 80 jinetes.

Quedaban en el campo de Ayohuma 200 muertos, 200 heridos y más de 500 prisioneros patriotas, además de toda la artillería, bagaje y parque. Las pérdidas de Pezuela ascendieron a unos 200 muertos y 300 heridos.

Con gran coraje, Díaz Vélez, con menos de un centenar de jinetes, protegió la retirada de los



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

infantes, soportando un fuego graneado que no se detuvo hasta la puesta del sol. De esa retirada, la historia registra episodios como el de los soldados Alderete y Gaona, que perdieron la vida para proteger al mayor Ramón Estomba, herido en el muslo. O el denuedo con que el capitán José María Paz, al saber que su hermano Julián había perdido su caballo y nadie lo auxiliaba, volvió atrás desafiando todos los peligros para rescatarlo. El 16 de noviembre, el derrotado Belgrano llegaba a Potosí, y dos días más tarde partía, rumbo a Jujuy, "al frente de poco más de 800 hombres, últimos restos de los vencedores de Tucumán Y Salta", escribe Mitre.



Tambo Nuevo. Días antes de Ayohuma, soldados de una guerrilla patriota sorprendieron el puesto realista de Tambo Nuevo, lo que les valió el ascenso a sargentos. Acuarela de Franz Van Riel.

Sesión Pública 12 de Noviembre: Entrega de Premios y Reconocimientos

El martes 12 de noviembre, la Academia Nacional de la Historia realizó en el antiguo recinto del Congreso Nacional, la sesión pública especialmente convocada para la entrega de medallas y diplomas de reconocimiento.

Se otorgaron los premios correspondientes al Premio al Egresado con mayor promedio en las carreras de Historia, año 2012 a los licenciados: **Nahuel Hernán Ojeda Silva**, egresado del Departamento de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella; **Esteban Damián Pontoriero**, egresado del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tres de Febrero; **Guillermo Ezequiel Juan**, egresado de la Facultad de Historia, Geografía y Turismo de la Universidad del Salvador; y a los profesores: **Mariana Lucía Alonso Ishihara**, egresada de la Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades de la Universidad de Morón; **Ayelén Fiebelkorn**, egresada de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata; **Jonatan Gastón Acevedo**, egresado del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján.

Agradeció en nombre de todos los egresados del país el licenciado Nahuel Hernán Ojeda Silva.

A continuación se hizo entrega del Premio "Academia Nacional de la Historia, Obras Inéditas 2010-2012", a los doctores **María Cecilia Rossi** y **Guillermo Banzato**, por su obra titulada "Tierra y sociedad en Santiago del Estero. El antiguo Matará, siglos XVII a XX". Agradeció en representación de ambos, la doctora Rossi.

Se otorgaron también diplomas de reconocimiento a la señora **María Teresa Braun Cantilo de García González** y a los señores **Marcos de Estrada** y **Fray José María Cabrera**, por haber enriquecido con sus donaciones el patrimonio de la Corporación.

El acto fue cerrado por la conferencia del doctor **Marcelo Montserrat** quien disertó sobre: "Un conflicto perenne: deseo político contra razón histórica".





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Homenaje a la Dra. Margarita Ferrá de Bartol

Por el Académico de Número, Dr. Hernán A. Silva

Nuestro presidente me ha solicitado dedicar unas palabras en recuerdo de la profesora Margarita Ferrá de Bartol, Académica Correspondiente en la Provincia de San Juan, fallecida a causa de un fatal accidente de dominio público.

Es para mí un encargo difícil por los lazos que me unían, dedicar unas palabras en recuerdo de la profesora Margarita Ferrá de Bartol, Académica Correspondiente en la Provincia de San Juan, fallecida a causa de un fatal accidente de dominio público. No obstante, creo que cumplo con una obligación insoslayable, pues es merecedora de un especial homenaje por parte de nuestra Institución.

A los valores científicos de la profesora Ferrá, se unen los afectivos propios de una profunda amistad, iniciada en contactos en congresos y reuniones profesionales, profundizada con vínculos intelectuales y participación en proyectos comunes y consolidada en años de conocimiento mutuo y relación familiar.

La trayectoria académica de la profesora Ferrá constituye un claro ejemplo de lo que debe ser un Miembro Correspondiente. Aunque gran parte de sus labores científicas fueron desarrolladas en su tierra sanjuanina, siempre estuvo vinculada a las diversas actividades de la Academia.

Docencia e investigación la unieron a la Universidad Nacional de San Juan desde sus albores, abonando su trayectoria con una sólida carrera docente, la promoción de investigaciones en su calidad de directora de proyectos y de instituciones, como el Instituto de Historia Regional Argentina "Hector D. Arias", y el desenvolvimiento de estudios de postgrado. Permítanme memorar su invitación para que, desde la lejana Bahía Blanca, dirigiera dos de las primeras Maestrías en Historia de San Juan, que profundiza este afectuoso recuerdo.

A su vasta labor en el ámbito de la docencia e investigación, suma también una dedicación especial a la labor política que, entre muchos cargos, la lleva en dos oportunidades a ser Ministro de Educación de San Juan y que la muestra al fallecer como Diputada Nacional.

La actividad de la profesora Ferrá de Bartol es muy amplia, tanto en su actividad institucional como en su producción, reflejada en una gran cantidad de libros, artículos y monografías, destacándose su preocupación teórica por la definición de los enfoques historiográficos regionales.

Estas palabras de recordación no tienen por objeto repetir los contenidos de su Curriculum Vitae, sino



constanciarnos con aspectos significativos de su troncada vida.

Por ello, he dejado para el final aspectos importantes que destacan sus condiciones humanas y méritos intelectuales, que se relacionan directamente con nuestra institución. Debo afirmar con el mayor de los énfasis que *ha sido una mujer permanentemente consustanciada con la Academia Nacional de la Historia.*

Quiero resaltar esto pues, con su trayectoria, aquilata la labor de nuestra Institución como promotora de los estudios históricos sobre nuestro país y particularmente sobre su Patria chica. Recordemos que, hace muy poco, fue la forjadora esencial de uno de los Congresos más exitosos y multitudinarios de la Academia. Desarrollado, incluso, a contramano de los planteos historiográficos de sus congéneres políticos de nivel nacional, al dedicarlo a conmemorar la figura y obra de Sarmiento.

Nuevas generaciones de historiadores sanjuaninos la deben estar añorando, pues se encargó de vitalizar y constituir centros de investigación de la Junta de Estudios Históricos de San Juan a lo largo de toda la provincia.

Mucho más se podría decir de nuestra desaparecida colega. Simplemente pido que la recordemos con su sonrisa, con su bonhomía y con su actitud de permanente colaboración.

**Palabras pronunciadas en la sesión privada de la Academia, del 12 de Noviembre de 2013.*



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Segunda Reunión de Jóvenes Historiadores

El pasado 18 de noviembre se realizó la segunda reunión de jóvenes historiadores. En esta oportunidad participaron los Doctores Sandra Pérez Stocco, Pablo Cowen, Viviana Bartucci, María Angélica Corva, Jorge Nuñez, las Magister Paula García y Gloria López, los Licenciados, Josefina Mallo, María Eugenia Martese, Alba Acevedo, Luciana Marangone, Matías Dib, Betina Riva, Lina Constanza Díaz Boada, Fabián Subía, Sol Rubio, Ariel Eiris, coordinados por la Dra. Adela M. Salas. En primer lugar expuso extensamente la Dra. Viviana Bartucci sobre el tema Lavanderas en la ciudad de Buenos Aires. Representaciones y realidad, ca. 1840-1910.

A continuación, la Prof. María Sol Rubio presentó el estado de su investigación sobre David Peña y el fomento del teatro nacional. En tercer lugar, la Lic. Alba Acevedo se extendió sobre el trabajo que dirige junto a la Dra. Noemí Bistué sobre Justicia y sociedad en la época colonial. El caso de Mendoza 1700-1810.

Para finalizar, se conversó sobre la posibilidad de un próximo encuentro para el mes de abril de 2014. Después de una tarde compartida en la que no faltaron los comentarios, las sugerencias y los aplausos, terminó la reunión con una foto de todo el grupo.



Justicia y Sociedad en la Época Colonial. El caso de Mendoza. 1700-1810*

Por la Lic. Alba Acevedo

Las fuentes judiciales, consideradas en sentido amplio, han despertado un creciente y renovado interés entre aquellos historiadores que, desde hace aproximadamente dos décadas, se han propuesto abordar las mismas para la escritura de una nueva historia social. Así, este tipo de archivos se ha transformado en una fuente útil para el estudio de la praxis judicial en sí misma, a la vez que potenciado el conocimiento del contexto sociocultural en que aquella se materializa.

Atendiendo a estas nuevas perspectivas historiográficas, se está trabajando desde mediados de 2009 en un proyecto de investigación titulado "Justicia y Sociedad en la época colonial. El caso de Mendoza. 1700-1810.(1)

El propósito del mismo es analizar, clasificar y sistematizar la totalidad de los expedientes judiciales del período colonial, a fin de conocer los mecanismos de la práctica jurídica y detectar en los procesos información relativa a comportamientos sociales, actores, conflictos, conductas delictivas, formas de vida, etc. Al mismo tiempo que desentrañar los significados, usos, creencias y valores que

subyacen en los pleitos. Con ello se procura avanzar en la explicación de la relación existente entre el funcionamiento de la justicia y determinadas prácticas sociales y culturales. Este abordaje permitirá examinar no sólo el hecho judicial de la transgresión a la ley en sí misma, sino también ver cómo se reflejan en la praxis los comportamientos individuales y colectivos, las mentalidades, ideas, valores, es decir, lo que se ha dado en llamar "utillaje mental" de una determinada sociedad, para el caso la mendocina de las postrimerías del período colonial.

Cualquier proyecto sobre historia social de la justicia debe partir ineludiblemente del análisis exhaustivo de los expedientes judiciales. En este caso los legajos conservados en el Archivo General de la Provincia de Mendoza alcanzan una cifra superior a los cinco mil legajos, hallándose separados en juicios civiles y criminales, ordenados alfabéticamente.

El trabajo, por lo tanto, se inició con el análisis de la documentación judicial civil, y en una segunda etapa con la criminal. A tal fin, se confeccionó una



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

ficha para asentar los datos de cada uno de los expedientes consultados, como así también una planilla para sistematizar el conjunto de la información obtenida, tarea esta que aún se sigue realizando. En ella se optó por privilegiar los datos referidos a los actores principales del litigio; no obstante, se consigna también cualquier otra nota de interés a los fines propuestos en la investigación.

Esta sistematización nos ha permitido avanzar en algunas consideraciones generales respecto de la justicia y sociedad mendocina en el período estudiado, que hemos difundido a través de ponencias en Jornadas, Congresos, Mesas Redondas y en artículos publicados en Revistas especializadas, y que compartiré en esta oportunidad. Si bien se trata de un estudio de caso, su interés radica en que sus aportes pueden sumarse a los de otras investigaciones que se efectúan desde esta misma perspectiva, a la par que brindar a los estudiosos de las ciencias sociales un valioso material para facilitar el abordaje multidisciplinario de la problemática social.

Aunque potencialmente muy ricas, somos conscientes de que estas fuentes no están exentas de limitaciones que, a la hora de iniciar cualquier

trabajo de investigación sobre esta temática, deben ser tenidas en cuenta. Su uso plantea interrogantes, como por ejemplo: ¿puede cuantificarse el grado de acatamiento o trasgresión a una norma?, o ¿qué universo de conflictos no llegaba al ámbito judicial y por qué?, o ¿lo qué se dirimía en un pleito era el primero o el último recurso después de fracasar intentos de resolución?, etc.

No obstante esos y otros condicionamientos, la renovada utilización de estos archivos sirve, creemos, para plantear nuevas preguntas y categorías de análisis, desde una variedad de enfoques y modalidades. Mirando a aquellos hombres y mujeres hacer justicia, es posible formarnos imágenes más o menos acabadas del funcionamiento de una sociedad en un tiempo y en un lugar determinados.

Proyecto de Investigación financiado por la SECTYP (UNCuyo). Directora: Lic. Noemí del Carmen Bistué. Co Directora: Lic. Alba María Acevedo Integrantes: Gloria López, Andrea Uribe, Lorena Frascali, Romina Mercado.

Lavanderas en la ciudad de Buenos Aires. Representaciones y realidad, ca. 1840-1910.

Por la Dra. Viviana Bartucci

La visión que ofrecen las obras teatrales nacionales del período comprendido entre los años 1880 y 1950 sobre las empleadas domésticas que percibían una retribución económica, en especial las lavanderas, será el objeto de mi exposición el próximo 18 de noviembre.

Junto a otras trabajadoras, las lavanderas fueron estudiadas en mi tesis doctoral. Demostré allí que la fuente escogida suministra un conocimiento valioso sobre la personalidad, condiciones de vida y las múltiples tareas que realizaban las mujeres ocupadas en diversas actividades, tanto en el ámbito urbano como el rural, y brinda nuevas miradas sobre diversas problemáticas, por ejemplo su relación con los patrones y/o clientes, la maternidad, alternativas de empleo y bajo qué circunstancias decidían cambiar de ocupación.

La selección de las obras teatrales – un corpus de más de trescientos – ha respondido a un criterio amplio con el propósito de abarcar no sólo a los dramaturgos consagrados sino también a los de “segunda fila”. No se ha procurado estudiar a los textos teatrales en su naturaleza interna sino descubrir su condición de documento histórico, aunque sí serán examinados el título, género y didascálicas de varios de ellos. Tampoco estudiar sistemáticamente su recepción aunque no dejará de ser considerada un parámetro útil para conocer la representación hecha por algunos autores de las

trabajadoras, en especial de aquellos que escribieron en función del éxito comercial y adaptaron sus obras a la demanda del público.

El marco contextual, en tanto, ha sido elaborado con aportes provenientes de diversas fuentes, tanto directas como indirectas, cuya búsqueda estuvo orientada por las propias obras teatrales. Ello permitió incorporar información para contrastar la veracidad de la fuente y detectar los elementos de ficción presentes en ella. La investigación fue complementada con la lectura de críticas y datos biográficos de los dramaturgos.

Como complemento, presentaré un proyecto de investigación actual. Una doble indagación será el punto de partida: la imagen de las lavanderas porteñas del período recreada por varios pintores y el espacio público en que sus contemporáneos solían verlas – la ribera del río. Observaremos en la representación plástica la secuencia de dos lenguajes artísticos: costumbrismo y realismo social. Y en el plano urbanístico la influencia del modelo parisino de ciudad. Cabe destacar la asociación de la labor de las lavanderas con asuntos caros del período, en especial la epidemia de fiebre amarilla y “la degeneración de la raza”, así como la aparición del mismo tipo temático en la obra de artistas americanos y europeos.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

David Peña y el fomento del Teatro Nacional

Por la Prof. María Sol Rubio García

El teatro en la Argentina, hasta comienzos del siglo XX, se reducía a la puesta en escena de obras que giraban en torno al “género chico” y el sainete criollo, costumbrista y de tema gauchesco. Sin embargo, en los albores del nuevo siglo, jóvenes autores –que constituyeron un grupo cada vez más numeroso y profesional de artistas- comenzaron a pensar en revitalizar la escena teatral argentina.

Entre los nuevos autores del género dramático se encuentra David Peña (nacido en Rosario en 1862, fallecido en Buenos Aires en 1930) quien no sólo aportó numerosas piezas que fueron llevadas a escena, sino que durante toda su vida tuvo como objetivo primordial luchar por la institucionalización y profesionalización del género. Es por ello que desde las páginas de periódicos o revistas (tanto propias como ajenas) insistió reiteradamente en buscar soluciones para otorgar relevancia a la actividad dentro del campo cultural, sean organismos que formen y contengan a los autores y artistas, como apoyo del Estado nacional para solventar las iniciativas.

Ahora bien, hay algunas afirmaciones de Peña sobre el teatro nacional que resultan, al menos, controversiales. En varios artículos se animó a sostener que el teatro circense o los dramas gauchescos no constituían el “ser nacional”, pues “faltan los personajes verdaderos de la Revolución, de la Independencia, de los grandiosos hechos civiles”. Desde su perspectiva, los sainetes y dramas criollos ofrecían un panorama reduccionista sobre la identidad argentina pues no representarían los factores más relevantes de la cultura argentina. Esto no debería sorprendernos: Peña se estaba manifestando en contra de aquella dramaturgia que había caracterizado a los escenarios nacionales en el período 1880-1910, signado por afanes modernizadores de la cultura -por ejemplo, a partir de las campañas de alfabetización, la incorporación de tierras como consecuencia de la campaña al “Desierto” y la reconfiguración social producida por el aluvión inmigratorio. Este último punto reviste singular importancia y es necesario hacer una breve aclaración: como afirmó hace ya varios años Adolfo Prieto “paradójicamente, en ese aire de extranjería y cosmopolitismo, el tono predominante fue el de la expresión criolla [...] que se constituyó sobre una singular imagen del campesino y su lengua”. Por lo tanto, la literatura criollista (y con ella los dramas gauchescos) constituyeron un elemento legitimador, una expresión de nostalgia y una forma visible de asimilación. El público lector y espectador no era el mismo en 1880 que en 1910. Peña entendió esta diferencia y por ello va a proponer insistentemente en ofrecer un teatro y una literatura acorde a los tiempos del Centenario. Gran parte de la literatura construida con posterior-

idad al período 1880-1910 debe interpretarse como respuesta a aquello. Hacia 1910, el entorno era diferente: si bien seguía signado por una composición social con un alto porcentaje de extranjeros, las nuevas generaciones de hijos de inmigrantes habían incorporado la identidad argentina, proceso en que cabe asignarle un papel predominante al Estado a través de la promoción de la escuela pública y el servicio militar obligatorio. En este contexto, la literatura criollista o gauchesca no tenía ya el lugar cumbre que había ocupado años anteriores aunque, sin embargo, tuvo una aletargada pervivencia.

Durante esos años se produjo el momento de afianzamiento del teatro -especialmente referido a la temática nacional- cuyo éxito radica tanto en la aceptación del público como en la proliferación de actores y escritores por un lado, y empresarios que financiaban la actividad por el otro.

La mayoría de los especialistas consideran a David Peña como el dramaturgo que fue “el fundador del drama histórico” y uno de los autores más prestigiosos y exitosos del período 1900-1920, junto a Roberto J. Payró, Gregorio de Laferrère y Florencio Sánchez, aunque la historiografía posterior decidió no recordarlo. Con la renovación generacional de autores también se modificaron los temas e inquietudes, por lo tanto comenzaron a verse sobre las tablas -cada vez más seguido- obras que trataban problemas de la actualidad, la revisión del pasado argentino o las nuevas costumbres arraigadas en una sociedad cada vez más cosmopolita.

Peña tuvo una larga trayectoria como autor teatral. Sus primeras piezas fueron elaboradas en la adolescencia cuando presentó *¿Qué dirá la sociedad...?* y *La lucha por la vida*, dos dramas en tres actos y en verso, de marcada influencia romántica. Si bien la crítica fue muy dura con él, la representación de las obras fue exitosa e incluso tuvo que trasladarse de Buenos Aires a Rosario por el caudal de público recibido. Para Peña, los comentarios críticos recibidos, lejos de empujarlo a dejar esta tarea, lo impulsaron a seguir adelante y perfeccionarse. El propio Peña cuenta que el mejor consejo se lo dio su amigo y protector, el Dr. Nicolás Avellaneda, cuando al cabo del primer estreno le dijo “El teatro es grande. Es tribuna, es cátedra y es púlpito”. Estas palabras calaron hondo en el joven rosarino que durante los años posteriores decidió estudiar con mayor profundidad, seriedad y empeño los temas que pretendía abordar. También comenzó a leer piezas clásicas –en especial, Shakespeare- y literatura referida al teatro romántico.

A partir de ese momento logró unificar sus dos pasiones: su amor por la historia y el conocimiento del pasado argentino y su vocación de dramaturgo.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Ello lo impulsó a pensar la revisión de la vida de algunos protagonistas de la historia argentina y la necesaria reestructuración que debía hacerse en los ámbitos teatrales.

Peña sabía que las instituciones existentes que agrupaban a los participantes de esta actividad eran endebles y contaban con escaso financiamiento por parte del Estado. Es por ello que comenzó a escribir en los medios de comunicación sobre el estado de la actividad teatral, sus fallas -estilísticas y presupuestarias- y denunció, de manera a veces solapada, y otras en forma directa, la ausencia del Estado nacional en la promoción de este género artístico.

Así, en 1903 publicó una causerie en la revista Ideas (dirigida por Manuel Gálvez) en donde narraba la charla entre un autor teatral y un personaje público vinculado al Estado. Allí, en forma de diálogo expuso su acérrima crítica al estilo gauchesco y a la inacción de los funcionarios públicos para promover esta actividad. Proponía métodos de financiación -por medio de accionistas privados y públicos- y becas -que debía ofrecer el Estado- para aquellas familias que querían dedicarse al teatro y que no contaban con los recursos suficientes como para afrontarlo. Años más tarde, desde las páginas de la revista Atlántida, publicó un breve artículo en el cual profundizó sus opiniones y críticas sobre el estado de la dramaturgia argentina. Nuevamente generó un debate acerca del estado de esta actividad y volvió a insistir en la necesidad de formar un teatro propio que tuviera como base la pureza del idioma nacional, que fuese interpretado por actores argentinos y que reflejase la "verdadera historia y cultura" del país. Es así como volvió a cargar sus tintas contra el tipo de teatro de la generación anterior al que consideraba influenciado por los europeos -sobre todo, por los inmigrantes que llegaron al país a partir de 1880- que no lograban reflejar sino lo más vetusto y pintoresco de la sociedad argentina de antaño. Para otorgar mayor significación a sus opiniones, afirmó que "el teatro es el más antiguo y el más genuino reflejo de la cultura de un país" y que, por esa razón, había llegado la hora de imprimirle rasgos determinantes. En definitiva, nuevamente estaba insistiendo en la necesidad de valorar el drama histórico que diera a conocer al gran público su pasado y su identidad.

Es interesante tener en cuenta estas perspectivas para luego analizar la elaboración de obras de teatro de temática histórica que presentó entre 1906 y 1924, entre las cuales podemos destacar: Facundo (1906), Dorrego (1909), Liniers (1917) y Alvear (1924). En todos los casos, y cómo él mismo había manifestado anteriormente, la intención de fondo era presentar controvertidos protagonistas de la historia argentina para ofrecer al público

asistente su visión del pasado.

Cabe recordar que sus escritos sobre historia le valieron el respeto de sus contemporáneos, el ingreso a cátedras universitarias y a la Junta de Historia y Numismática. Además, los historiadores que se han ocupado de su obra, distinguieron este aspecto de su vida intelectual, en particular, su trabajo sobre Juan Facundo Quiroga.

En los primeros años del siglo XX se produjeron profundos debates sobre el pasado argentino que pusieron en tela de juicio la construcción historiográfica que habían realizado sus predecesores. La gravitación que tenían las ideas de Peña en las cátedras universitarias no las tenían aún para el gran público y es por esa razón que buscó incorporarlas desde el teatro.

El estreno de sus obras de tema histórico no estuvieron exentos de fuertes polémicas y duras críticas por su renovada visión sobre el pasado argentino. El profundo debate que se suscitó luego del estreno del drama Facundo despertó fuerte polémica entre los espectadores por su reivindicación histórica aunque esto generó mayor interés por la pieza y resultó un éxito de audiencia. Ese era el estilo de Peña: un autor provocativo y activo. En síntesis, hemos intentado bosquejar un panorama de la cultura de la Argentina del Centenario, en este caso, desde la perspectiva de David Peña sobre el teatro nacional. Es indudable que este trabajo deberá ser ampliado y profundizado, pero el objetivo de estas breves páginas era el de sentar las bases para una investigación posterior en la que se que analicen todas las obras de teatro y luego determinar cuál era la complejidad de la actividad entre los años 1900 y 1920.





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Mesa Redonda: "Criminalidad y Control Social. Argentina Siglos XIX-XX"

El Viernes 15 de Noviembre, la Academia Nacional de la Historia organizó una Mesa Redonda sobre: "Criminalidad y Control Social. Argentina, siglos XIX-XX". Con la moderación del doctor Víctor Tau Anzoátegui, disertaron los doctores Ricardo Salvatore, sobre: "La búsqueda infructuosa de justicia. Violaciones y estupros en la Provincia de Buenos Aires, 1870-1920"; Lila Caimari, sobre: "La voz de la experiencia. Las memorias de pesquisa de los detectives de la policía porteña, siglos XIX y XX"; José Daniel Cesano, sobre: "Criminalidad y discurso médico legal (Córdoba, 1916 - 1938)".



Novedades Editoriales

Reciente publicación

Grupo de Investigación de Historia Militar, "Guerra de Independencia. Una nueva visión", Buenos Aires, Emecé, 2013.

Este libro ofrece un nuevo y original enfoque sobre la guerra de la independencia argentina y sus proyecciones sudamericanas, pues no se limita a la mera enunciación de hechos bélicos sino que indaga con profundidad en los distintos aspectos que se relacionan con aquella gigantesca epopeya que comenzó en 1810 y sólo concluyó catorce años más tarde en la batalla de Ayacucho. Aquí se estudian las condiciones políticas, el panorama internacional, la creación y el desarrollo de las instituciones castrenses, el pensamiento militar, la tecnología bélica y de apoyo logístico, tanto en lo que se refiere a las fuerzas terrestres como navales que intervinieron.

Ignacio Martínez, "Una Nación para la Iglesia Argentina", Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

A comienzos del siglo XIX la idea de nación estaba lejos de representar lo que conocemos hoy por Nación Argentina. Por su parte, la Iglesia católica se encontraba amalgamada con la sociedad a tal punto, que es difícil identificarla como un actor histórico concreto. Las instituciones estaban atravesadas por la religión, por su sensibilidad y sus normas. Incluso las corrientes ideológicas que luego serían asociadas al impulso laicista, como la ilustración, eran absorbidas y difundidas dentro de la matriz católica. Por ello, más que determinar si la Nación Argentina se formó gracias o a pesar de la Iglesia católica, es necesario estudiar la simultánea conformación de la Iglesia y del Estado nación en el actual territorio argentino a lo largo del siglo XIX. Este libro estudia ese proceso orientado por algunas preguntas fundamentales: ¿qué facultades intentaron ejercer las nuevas autoridades, provinciales y nacionales, sobre las instituciones católicas? ¿En qué medida lo consiguieron? ¿Qué roles le asignaron a la religión católica en el nuevo orden político y legal luego de la revolución de mayo? Para responder estos interrogantes Martínez analiza los conflictos jurisdiccionales que disparó la cuestión eclesial en un largo período, que va desde 1810 a 1865, y en el amplio espacio geográfico ocupado por las denominadas provincias históricas. Esas disputas nos hablan no sólo de las formas específicas que presentó el proceso de secularización en la actual Argentina, sino también de los límites que encontraron los ensayos de construcción estatal tras la ruptura del vínculo colonial.

Cesar A. García Belsunce, "Pertenenencias Extrañas. Libros en Buenos Aires en 1815", Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

La obra hace referencia al antiguo concepto del "extrañamiento con nota de indignidad" que se practicaba en la época medieval y a comienzos de la edad moderna. En 1812, el gobierno revolucionario, a través de un decreto, aplicó dicho concepto a aquellos españoles que eran enemigos de la revolución, dando lugar a exilios y al apoderamiento de sus bienes. Eso no tuvo mayores efectos en Buenos Aires pero sí en Montevideo cuando las fuerzas patriotas tomaron la plaza en 1814, continuó diciendo. En ese contexto, gran cantidad de bienes fueron incautados bajo la categoría de "pertenenencias extrañas" como, por ejemplo, cereales, armas, telas y libros. De este último aspecto trata el libro, es decir, de los más de 4.000 volúmenes que fueron embarcados en Montevideo con destino a Buenos Aires, donde fueron vendidos a través de procedimientos que el autor calificó de dudosos y desprolijos. A partir de un trabajo de investigación realizado hace una treintena de años en el Archivo General de la Nación, el autor tomó contacto con varios legajos referidos a este tema, entre los cuales halló un inventario de multitud de libros de las más diversas materias traídos desde Montevideo a Buenos Aires. En su gran mayoría, dichos libros fueron vendidos con destino desconocido o entregados a la Biblioteca Pública para enriquecer su acervo, en menor medida, por orden del gobierno de Buenos Aires. Esta obra no pretende hacer un estudio de la influencia de esos libros en el mundo de las ideas, sino constituir un instrumento de utilidad para quienes aborden esta área de investigación.

